

PRECIOS DE SUSCRICION

En esta Ciudad, Capital de la Provincia (un mes)... 1 peseta
 En el resto de la Provincia y Península (trimestre)... 3 »
 En el Extranjero y Ultramar (idem)..... 5 »

PUNTOS DE SUSCRICION

En la Administración de este periódico calle de S. Francisco núm. 73 y en la Imprenta del mismo, San Francisco, 8.
 El pago de la suscripción será anticipado.

LA OPINION

PERIÓDICO LIBERAL-CONSERVADOR

Santa Cruz de Tenerife 17 de Junio de 1894

LA OPINION

OTRA COMPLICACIÓN

No hay duda que lo que mal principia no puede acabar bien, pues, cuando no la fuerza de la lógica y las legítimas consecuencias de los desaciertos cometidos, cualquier acontecimiento puede echar por tierra lo que se realizó sin sujetarse á los dictados de la razón y sin tener en cuenta otro orden de consideraciones que el que atañe á la propia utilidad.

Desde que las imprevisiones y ligerezas del gobierno fusionista dieron lugar al desgraciado conflicto de Melilla, con el cual se creyó distraer la opinión pública de los perjuicios múltiples que la administración liberal estaba irrogando al país, llevándolo hácia una cuestión internacional en que se interesase el nombre de la patria, preveimos, y así lo manifestamos en varios artículos, que los efectos de lo allí acaecido serían fatales para nuestra nación, efectos que tan solo en parte podría atenuar el giro que últimamente y bajo el peso de la manera de pensar de todos los españoles, se le dió al asunto, encargando con amplísimos poderes su resolución al ilustre general Martínez Campos.

Hizo éste lo que humanamente podía, dado el triste estado en que encontró esa desdichada cuestión, y como militar y como diplomático, condujolo todo hábilmente hasta que recabó una solución que era la mejor salida dentro del atolladero en que las torpezas fusionistas nos habían metido.

De todas partes se elevó un himno de agradecimiento hácia el preclaro general que, á raíz de infame atentado, del cual aún se hallaba convaleciente, puso su espada, su prestigio y su talento á disposición del gobierno que era causante de la perturbación, y marchó á Africa á borrar de la bandera española las manchas que bárbaras kábilas la habían hecho, consiguiendo que éstas se humillaran ante la enseña de nuestra patria y obteniendo para España las reparaciones que en derecho y justicia le correspondían.

Mas; temiendo estamos que ni los esfuerzos del General Martínez Campos, ni las excitaciones de la prensa, ni las energías manifestadas por todos nuestros compatriotas puedan evitar los males que desde un principio señalamos.

La reciente muerte del Sultán ha venido á traer tales complicaciones, que todas las potencias se están preparando ante la expectativa de los sucesos que en el Mogreb puedan ocurrir y las consecuencias que de ellos dimanen.

No tratamos de decir que sin lo sucedido en Melilla, España debiera estar ahora completamente tranquila é indiferente.

No; la cuestión de Marruecos es para ella de vital interés y por su historia y posición geográfica tiene perfectísimo derecho para intervenir directamente en lo que allí se trate de resolver.

Pero si lo al principio ocurrido con las kábilas lo hubiera el gobierno encauzado de otra manera, ni España se hubiera visto en el caso de hacer esos grandes gastos que han traído por consecuencia la indemnización que ha de pagarnos Marruecos, ni los habitantes de este imperio nos serían tan hostiles como lo son hoy día, irritados por ver en nosotros la causa de las exacciones con que les oprimen para podernos pagar aquella.

De suerte que los conflictos á que pueda dar lugar la muerte de Muley Hassan cogen á España, á más de lo desprevénida que la tienen los liberales, como lo probó la cuestión de Melilla, con 35 millones de pesetas menos que gastó en esta expedición; sin haber visto ni un céntimo de la indemnización que sabe Dios cuando la cobraremos, y teniendo la antipatía de los naturales del país en que podremos chocar con los intereses encontrados de varias potencias.

Y todo ello por dar motivo voluntariamente y por fines ligeros el actual gobierno á una cuestión internacional y no haber luego sabido cumplir con lo estipulado en el tratado de Wad-Ras.

DOS CUESTIONES CIENTÍFICAS

Con motivo de la reciente publicación de una obra de mérito, la *Historia General de las Islas Canarias*, por el infatigable escritor D. Agustín Millares, (tomo primero), se nos ocurre plantear dos cuestiones, que á pesar de ser un tanto añejas, porque han sido por largo tiempo harto debatidas, entrañan, á nuestro modo de ver, particularmente una de ellas, verdadero interés científico con relación á las antiguas navegaciones por estos mares.

La primera y más importante de estas cuestiones consiste en averiguar si en efecto la expedición libi-fenicia al mando de Hannón visitó estas islas, según el relato de éste, ó su Periplo; y la segunda se reduce á descifrar esa especie de enigma que resulta de confrontar los nombres del pasaje de Plinio sobre las Canarias, con todas y cada una de las islas de este Archipiélago.

Sabido es que los ilustrados comentaristas del Periplo de Hannón no han podido ó no han llegado á un acuerdo. Cada cual opina á su manera, como puede verlo todo aquél que lea la *Antigüedad marítima de la República de Cartago*, por Campomanes; la *Geographia Sacra* de Borchart; *Recherches sur la géographie des anciens*, por Sosselin; la *Geography of Herodotus*, por Rennel, y otras obras semejantes, disertaciones, folletos, etc.

El Sr. Millares dice que «pudiéramos con algún esfuerzo y buena voluntad hallar algunas probables semejanzas entre la isla que tenía un lago, y la que posteriormente designa Juba con el nombre de Ombrios; entre el Teide en erupción, y el terror que este fenómeno produjo en los navegantes; pero estas analogías, y otras que omitimos (continúa el Sr. Millares) con las consecuencias que de ellas pudieran deducirse, no resolverían de ningún modo la cuestión histórica, cuya solución tantos han buscado, lanzándonos al contrario por extraviadas sendas, que llevarían la confusión y la duda al ánimo de los lectores (pág. 249).»

Nosotros, que nos preciamos de conocer el relato de Hannón, nos hallamos íntimamente convencidos, no tan solo de que ese relato es cierto y verdadero, sino además que aquella expedición no aportó á las Canarias, por más que casi todos nuestros historiadores hayan dicho ó sospechado lo contrario, pero sin haberse tomado la molestia de comprobar su dictámen.

En cuanto al fragmento de Plinio, cuyas noticias por vagas é inexactas que parezcan hace muy bien el Sr. Millares en considerarlas de grande importancia, por ser el punto de partida de la verdadera historia de las Canarias, somos los primeros en re-

conocer su mérito; no estimamos así que esas noticias recogidas por Juba, y transmitidas hasta nosotros por Estacio Seboso y Plinio, hayan llegado truncadas y sin la debida correlación y enlace que supone el Sr. Millares, sino por el contrario, las aceptamos nosotros con esa exactitud posible que en aquellos oscuros tiempos podrían darse ó adquirirse; no vemos, pues, con el Sr. Millares, que Plinio diese á estas islas una colocación tan arbitraria como él cree, ni esas repeticiones que cita, y menos creemos que Plinio *hable de memoria*, procurando recordar lo que ha oído ó leído muchos años antes. Para nosotros no hay esa confusión en las distancias. Lo que resulta es que el fragmento de Plinio no ha sido debidamente interpretado por buenos geógrafos, como tampoco lo ha sido el Periplo del almirante Hannón.

Confiados, pues, en que entre nuestros paisanos hay muchos aficionados á este género de estudios, que con su ilustración y talento habrán de tomar parte en dichas cuestiones, tenemos el gusto de poner á su disposición las columnas de LA OPINION, y procuraremos insertar también en ellas las opiniones que se emitan en contra para que se tenga conocimiento exacto de cuanto se escriba sobre el particular.

Nuestro humilde dictámen ya es conocido; solo esperamos la réplica, cuya impugnación seremos los primeros en acatar, siempre que nos parezca razonable.

LOS INDEPENDIENTES

No existen seres más perniciosos para la Humanidad que los que componen la falange, —bastante crecida hoy por desgracia— que se apellida con enfasis, de los *independientes*.

Don Pánfilo Malasartes que era un pobrete cuando se instaló en Villa Roja, pudo, merced á la protección que le dispensó cierto señor de la localidad, reunir una caudal no despreciable; consiguiendo que su primogénito, notable en el género de los adoquines, llegase á obtener un título de licenciado, en campo de calabazas, y más tarde un empleo con 12.000 reales anuales en una oficina de hacienda. Total: que Malasartes había llegado á ver satisfechas sus aspiraciones, declarándose entonces *independiente*. Su antiguo protector le pide el voto para un amigo suyo, él se lo niega porque es *independiente*. Chilla nuestro hombre contra la administración municipal, le proponen que acepte el cargo concejil; pero se niega en redondo, alegando causas de excusa, porque él no quiere meterse absolutamente en nada, es *independiente*.

Un paisano de Don Pánfilo y amigo de la infancia, le pide mil pesetas prestadas por un corto plazo y con garantía; pero nuestro hombre contesta *nones*, porque tal vez tendría que meterse en el juzgado y ésto le traería gastos y disgustos, además que él es hombre *independiente* y no quiere *lios* de ninguna especie.

En el género de los *independientes*, existe una especie que pudiéramos llamar *semi independientes*, que se da con frecuencia en el campo de la política. Estos individuos, cuando necesitan algo de las personas que pueden concederle, muéstranse amables, finos, cariñosos y dispuestos á todo lo que se les exija: pero obtienen lo que desean, ven realizadas sus aspiraciones y entonces, *aquí te quiero ver escopetilla*, como decía no se quien, vaya cualquiera á pedirles un favor. Los mismos que les han protegido en política, son despedidos por éstos *semi independientes* que al conseguir lo que deseaban dejan el semi y se quedan convertidos en verdaderos señores independientes que le dan con la puerta en las narices al mismo *lucero del alba*.

Y qué diremos de los diputados que se presentan con el calificativo de *independientes*. Los amigos trabajan hasta quemarse las pestañas, hacen sacrificios, gastan numerario—vulgo *parné*—sufren privaciones y disgustos, y cuando á fuerza de tantos *componentes*, aparece como *resultante* el acta deseada, entonces el favorecido se cuadra, tose fuerte, escupe por el colmillo, se declara *independiente* de veras y que se acerque á él quien se crea guapo á saludarle ó á pedirle un empleo de mil pesetas, para que entonces sepa quien es Calleja.

Le contestará de mala manera; le increpará por haber contribuido á sacarle diputado, cuando él, hombre independiente y amigo del hogar, para nada necesita un cargo que le ocasiona sólo molestias y gastos, y en una palabra, le endilgará una filipica tal, que el solicitante al retirarse, confundido y turbado, tendrá que decirle: «V. dispense», «He sentido tanto molestar á V.», ó frases por el estilo, llenas de santo temor y de disculpa por el mal cometido.

Yo de mí se decir, que cuando oigo que alguno dice: soy independiente, tiemblo, porque advino que aquel sugeto es un *peine* finísimo de concha.

A la especie de *independientes* en política, el Marqués de Albaida—si no estoy equivocado—la analizó en el Congreso de los Diputados, hace muchos años y descomponiendo el nombre, quitándole las sílabas iniciales una á una, resultaba: independiente—dependiente—pendiente—diente—y ente. Y bien mirado, á antes quedan reducidos los que componen dicha especie.

PASCUAL.

RIO DE ORO

(FANTASÍA)

I.

De regreso de una excursión por el interior del país que los moros llaman *Adrar T'marr*, fui invitado por un holandés para asistir una noche á la Escuela de Agricultura Práctica establecida en Río de Oro.

Penetramos en un suntuoso edificio cuajado de decoraciones alusivas al objeto del Establecimiento, entre las cuales sobresalía una primorosa escultura de la diosa Ceres.

La conferencia estaba á cargo del profesor M. Wandikle, americano de pura raza y muy versado en el arte de la *Vida de las Plantas*, que yo llamaría ciencia.

Cuando ocupó la tribuna dirigió en torno una mirada de pura satisfacción y comenzó su conferencia en estos términos:

«Señores: Abrigo la esperanza de que el grado de perfección á que ha llegado en Río de Oro la agricultura del Mar, compita dentro de poco con el arte que enseña á cultivar la tierra en esta península hasta ayer considerada como una estepa dilatada.

Os he hablado ya de las distancias que suministran á las plantas materia para su alimento: de los abonos naturales y artificiales: de los llamados minerales, vegetales y animales, y habéis visto ya cuan satisfactorias se presentan las pruebas hechas con nuestro hermoso guano de pescado. En una palabra, es evidente que la mano del hombre ha transformado poco á poco en un vergel la estéril península en que vivimos.

También os he hablado de los climas que indican la temperatura por fajas ó zonas en la superficie del globo terrestre, y es indudable que la situación agrícola de un punto cualquiera se determina por su latitud geográfica ó distancia del sol, así como por su altura ó elevación sobre el nivel del mar.

En Canarias, por ejemplo, se recolectan los frutos antes que en la Península, y de aquí que hoy se haga un buen negocio enviando á Inglaterra los hermosos tomates que en aquellas islas se producen muy temprano.

Esta circunstancia importante nos ha hecho fijar en nuestra situación bajo el trópico. Hemos cultivado el tomate con el má-

lisonjero resultado, pues si las tomateras rinden fruto en Canarias desde Enero ó Febrero, aquí hemos visto que salen los buques cargados para Inglaterra desde el mes de Diciembre. Estamos, pues, de enhorabuena, y nadie nos puede hacer la competencia gracias al clima favorable que aquí disfrutamos. En la península española se acostumbra sembrar los tomates de Enero á Abril, cada quince días, como los pimientos y berenjenas, para que alcance el fruto á todo el verano. Aquí los hemos sembrado en el mes de Noviembre, y aún antes, lo que constituye una gran ventaja para venderlos con la mejor oportunidad.

Según la estadística llevada en la Oficina de Exportación de Productos, el año último fueron embarcados para el Reino Unido 48.706 cajas de tomates. Buen principio por cierto! Para el año venidero me aseguran los cosecheros que habrá doble exportación de este fruto, y en los años sucesivos nuestra privilegiada península valdrá tanto ó más con sólo el ramo de tomates, que las tierras más férciles del globo relativamente á su extensión.

II.

Aquí tenemos ya magníficas huertas de lechugas, de espárragos y alcachofas, y nos prometemos en breve surtir á todas las Antillas de sabrosísimas cebollas de clases diversas. Las aporcadadas en estos días nos hacen concebir grandes esperanzas, así como los ajos.

Para los semilleros hemos construido vastos depósitos que se llenan de agua en el invierno, y trasplantadas esas plantas en terrenos cubiertos de jable y bien abonados, desafían con su lozanía á los más frescos jardines. ¿Quién había de soñarlo? Hasta del jable ó arena del mar hemos logrado sacar un buen partido.

Recordareis que en la última conferencia os anuncié que la casa de Comercio «Malinas y Pepino» trata ahora de hacer excelentes escabeches entomatados que saborearán los buenos gastrónomos pagándolos á alto precio, y que la otra casa de «Puerros y Espinacas», se han dedicado á extraer el jugo de la lechuga para hacer delicados jaboncillos que se venderán á cincuenta céntimos de lira, y sin embargo la ganancia será soberbia.

Hemos visto que todas nuestras operaciones son industriales, porque una explotación agrícola no es más que una operación industrial, como es la principal que nos ha enriquecido, ó sea la industria de la pesca, y pocos países cuentan con elementos propios, más positivos que el nuestro.

Adelante, pues, amigos míos!

III.

Y ahora me voy á permitir una digresión que sin embargo se relaciona mucho con la prosperidad de que gozamos.

De más está recomendaros la unión. No basta precisamente trabajar, hacer producir la tierra y sacar del mar las riquezas que entraña: es preciso procurar se conserve siempre la mejor unión en todos los negocios y aspiraciones. Y lo digo por que ayer observé no sin harta pena que dos compañeros disputaban calurosamente hasta perder los estribos, como se suele decir.

No sé cual fuera la causa principal de la disputa, pero esta, en realidad era demasiado frívola, pues se trataba de defender lugares de nacimiento y de ponderar sus excelencias. El uno era de Santa Cruz de Tenerife, y el otro de Las Palmas de Gran Canaria, dos lugares que quiero más que á las niñas de mis ojos.

La disputa tomó grandes proporciones y salieron á relucir capitánias generales, audiencias, consulados, y no sé cuantas cosas más.

Uno y otro contrincante era victoreado por un coro de adictos, y esto produjo tal efervescencia que los contendientes estuvieron á pique de venir á las manos, de no intervenir la policía.

Calmado el tumulto, que por cierto me produjo un buen rato de disgusto, porque aquellos hombres cuestionaban un punto demasiado estéril, prometí recomendar desde esta tribuna la concordia más prudente entre todos nuestros colonos ó como quiera llamarseles.

En efecto, queridos amigos, ¿quién de vosotros tiene motivos para atacar á la ciudad de Las Palmas ó á Santa Cruz de Tenerife? ¿Por ventura no tenéis allí á vuestras familias y parientes, y vuestros mejores amigos? ¿Porqué, pues, esa guerra tan encarnizada?

En la capital de la provincia abundan como en Las Palmas personas bastante ilustradas, abundan magníficos edificios, abundan hermosas damas, abundan ricos establecimientos comerciales, ambas poblaciones cuentan con buenos muelles; hay cómo-

dos hoteles y hasta de lujo; hay publicaciones literarias que compiten con las más ilustradas del globo, y.... sobre todo ambas poblaciones son canarias, son la honra de aquel suelo privilegiado.... ¿Qué más?

¿Porqué, pues, esa encarnizada guerra? ¿Acaso están celosos los hombres de su engrandecimiento? ¿Acaso el esplendor de los pueblos degenera en dolorosos antagonismos? Ah sí! la historia nos presenta varios ejemplos de esa rivalidad que ha producido una guerra á muerte. Ahí está la altiva Roma, y allí se descomponen aún los restos de la floreciente Cartago. El odio pudo más que la devastadora piqueta, que un destructor terremoto. Cartago sucumbió al fin, y sucumbió degenerando de la faz de la tierra cómo la mies que corta la segur. De algunos pueblos de Grecia nada diré. La embriagadora prosperidad ha producido grandes días de luto.

Credlo, amigos míos. Cuando yo me encontraba en Méjico, me preguntaban cuál era mi país natal, decía un amigo mío, y él contestaba con orgullo «soy canario», y ese amigo era hijo de Santa Cruz de Tenerife, y cuidado si le llegaban á tocar á la ciudad de Las Palmas, porque se ponía como un endemoniado.

Entonces dije yo: «He aquí un verdadero patriota, un consecuente y dignísimo hijo de las Canarias», y no pude menos de darle un apretado abrazo que me correspondió con el corazón henchido de gratitud.

Pues bien, amigos queridos, dispensándome que desde este sitio me permita semejante digresión y semejante intrusión, yo, por el nombre de mi madre, el ser más querido que hay bajo el sol, os voy á suplicar un favor: Que en Río de Oro jamás se vuelva á tocar cuestión alguna que despierte los antagonismos entre mis dignos amigos los Canarios en general; que desde hoy en adelante dejéis de suscribiros y leer todo periódico que tienda á desequilibrar esa amistad fraternal que debe reinar entre vosotros, y por último, que hago fervientes votos porque desde Río de Oro salga el hombre que haya de hacer venir á un acuerdo á los hijos de aquellas islas, sobre todo de las dos principales por su importancia, porque de ese acuerdo depende el mayor engrandecimiento de las Canarias.»

LEÓN EL AFRICANO.

COMO VIAJA LA REINA VICTORIA

La servidumbre Real.—¿Es católica la Reina?—Vida habitual de S. M.—Un borriquillo afortunado.

Este año, como los anteriores, ha hecho la Soberana de Inglaterra su acostumbrada excursión al Continente para pasar unos días lejos de las brumas de Lóndres, y ahora se anuncia que hará un nuevo viaje á San Petersburgo.

Bajo el aspecto físico, la Reina de Inglaterra se distingue por la sencillez de sus ademanes y de sus gustos.

En lo moral, demuestra una voluntad inquebrantable, no exenta de obstinación, y una singular firmeza para ejercer el mando.

Se ha dicho varias veces que la Reina Victoria se había convertido al catolicismo, y no ha faltado quien asegure que su conversión era ya un hecho, pero sin que pueda afirmarse nada sobre el particular, existen indicios dignos de tenerse en cuenta.

Casi todos los domingos, el capellan protestante lee los Oficios en el salon principal de la residencia escogida por S. M., y con tal de que la lectura no dure mas de diez minutos; pues bien, este año, en Aix-les-Bains, la Princesa Beatriz ha ido á pedir de parte de la Reina una rama de romero bendito al sacerdote católico M. Meignoz; además en Biarritz la Reina recibió al obispo de Bayona, y en Aix-les-Bains, al de Chambery.

Hace poco, el párroco de Aix-les-Bains, que fué recibido en audiencia particular, refirió que en el hueco de un árbol de un bosquecillo de las cercanías se había encontrado una imagen de la Virgen, antiguo objeto de un culto ferviente. Cinco minutos despues, la Reina dijo á las personas de su séquito que quería ver aquella imagen tan maravillosamente salvada. Aquel mismo día hizo una excursión de cinco horas para buscar la Virgen, pero sin resultado; á la mañana siguiente emprendió de nuevo la marcha al bosque, y hasta el tercer día no vió recompensado su afán.

La egregia viajera es muy asequible para los que no van á pedirle nada; no gusta de recibir á los funcionarios públicos; declara francamente que le molestan las recepciones oficiales, y habla poco con aquellas personas

á quienes no conoce ó que saben elegir un tema de conversacion que sea de su agrado.

En el seno de la intimidad habla siempre alemán, y no tolera familiaridades más que á su criado escocés, su *gillie*.

Sus servidores de todos los grados se desviven por cumplir sus órdenes, y en algunos momentos lo hacen con una rapidez y una precisión verdaderamente mágicas.

En la comitiva de la Reina hay un personaje importante, que es miss Reymold, la *house keeper*, ó primera doncella. Este *factotum* femenino disfruta de las simpatías de la Soberana, inmediatamente despues de mister Thomson, el escocés mofletado que ha sucedido al llorado John Brown.

Forman parte de la servidumbre Sands y Anderson, cochero y lacayo, respectivamente, que no hablan una palabra de francés; Feltham el cocinero-jefe que tiene á sus órdenes tres subchefes de cocina, franceses, y un ejército de marmitones, y cuatro indios *sikhs*, de Lahore.

Cuando S. M. llegó á la estación de Aix-les-Bains, sir Henry Pousonby anunció á la ilustre viajera que podía bajar, abrieronse las portezuelas de un departamento, del cual salieron los indios y prepararon una escalera tapizada de terciopelo rojo.

La Reina bajó apoyándose en el brazo de Abdul, y tomó de manos de otro indio un grueso baston de puño retorcido. En el mismo instante, todos los demás servidores bajan del tren y se colocan en dos filas para dar paso á su majestad, que marcha trabajosamente.

Va vestida con un traje de lana negro, sombrero de paja negro, y una especie de gaban, negro tambien.

Nadie creería al verla que está delante de una gran dama, y mucho menos de una Reina; pero puede asegurarse que no hay en el mundo quien salude con tan real y verdadera dignidad como la Reina Victoria.

Suele acompañar á S. M. en sus excursiones la Princesa Beatriz, alta, gruesa y de buen color, y el Príncipe de Battenberg, bajo, enfermizo y pálido, que ha estado separado de su mujer durante el viaje, pues, como no es de sangre Real, la etiqueta de la corte le prohíbe sentarse en el mismo departamento que su suegra, la cual quiere tener constantemente al lado á su hija predilecta.

La Reina, una vez instalada en su residencia, se levanta á las ocho, toma á las nueve el desayuno, compuesto de una taza de cacao, un par de huevos estrellados sobre rebanadas de pan tostado, manteca, y compota de naranja.

Despues lee las cartas que le lleva su secretario, dicta las respuestas y pasea en coche tirado por un borriquillo.

El resto de la mañana permanece hablando con la Princesa Beatriz mientras ésta dibuja ó pinta á la acuarela.

A la una toma el *lunch* y en seguida emprende una excursion que dura hasta las cinco ó las seis.

Cuando la expedición es lejana, la Reina toma el té sirviéndose de una maquinilla de alcohol, en la mesa de algun ventorrillo ó en el tronco de un árbol al borde del camino.

Al regreso recibe á algunas personas, no muchas, y come á las siete, sirviéndose en su mesa los platos de un *menu* que es un verdadero regalo hasta para los *gourmets* más estragados, pero la Reina no toma nada hasta las nueve, y entonces unos cuantos manjares muy sencillos confeccionados por el cocinero inglés.

A las diez la Princesa Beatriz toca al piano las piezas que más agradan á S. M., y ésta se reitera á su alcoba á las once en punto.

Por orden del general Pousonby, en cuanto la Soberana se acuesta, apáganse todas las luces á fin de que los agentes de Policía puedan vigilar mejor el sueño Real, pues ellos ven y nadie logra verlos.

El borriquillo de la Reina tiene historia.

El primer año que S. M. fué á Aix-les-Bains, vió en las orillas del lago un pobre hombre que caminaba penosamente en un asno flacucho.

Con gran asombro del aldeano, la Reina le habló para preguntarle si quería venderle el pollino.

—¿Segun y conforme!—dijo aquel, mirándola con desconfianza.

Luego, rascándose la cabeza, dijo:

—¿Si os vendiera el burro, no podría ganarme el sustento!

—¿Cuánto os ha costado, buen hombre?

—Cien francos, y fué muy barato.

—Pues yo os doy doscientos, y así podreis comprar otro.

Se cerró el trato, y en el instante fué el borriquillo atado con una cuerda á la trasera del coche real.

Esto ocurrió en Abril de 1885.

El asno recibió el nombre de «Jaquot»; es manso como un cordero, y agradece mu-

cho que los garrotazos se hayan trocado en mimos.

Gracias á esta condicion blanda, acompaña en todos sus viajes á la Reina, la cual quiere que se le trate con toda clase de miramientos.

SECCION PROVINCIAL

Los últimos telegramas dan la noticia de que se han acentuado tanto las corrientes de aproximación, que nunca han dejado de existir, entre el partido dirigido por el eminente hombre público Sr. Cánovas del Castillo y la fracción que sigue las inspiraciones del ilustre político Sr. Silveja, que es lógico presumir que si á esta fecha no está completamente hecha la unión, pocos días ha de tardar en realizarse.

La ligera discrepancia que había, no por cuestión de principios, en los cuales todos los conservadores han estado siempre de acuerdo, sino en pequeña materialidad de forma, no podía ser duradera y mucho menos en la época actual en que el triste estado en que han puesto á España los fusionistas está pidiendo la unión de todos los hombres de más saber para que se pongan al frente del gobierno á fin de contener esa marcha liberal que nos está llevando á una serie de desastres.

Nosotros como hombres de partido nos congratulamos de que bajo la jefatura del Sr. Cánovas esten siempre íntimamente ligados los conservadores todos y como patriotas nos alegramos más aún porque vemos en esta unión el término de la desdichada etapa fusionista que tantos y tan intensos males ha causado á la nación que ya no puede soportarla por más tiempo.

Respondiendo en todo á las previsiones hechas por el ilustrado Ayudante de Obras públicas D. Antonio Alarcó, explotó la mina practicada en la montaña de Paso alto, que había de proporcionar enorme cantidad de material para las obras de nuestro puerto.

A la una en punto del día 14, por medio de intensa corriente eléctrica, verificóse la explosión de los mil setecientos kilos de dinamita colocados en el corazón de aquella mole de basalto distantes de la superficie exterior en la línea de mínima resistencia 20 metros.

Hinchóse un poco la montaña, llenose de grietas por las que salian nubes de polvo y sin que se apercibiese movimiento de trepidación, ni se oyese más que una ligera detonación, volvió aparentemente á quedar todo en el mismo estado en que se hallaba, pero con la gran diferencia (que notaron más que nadie los rematadores de las obras) que donde antes se hallaba una masa imponente y compacta están hoy 28 mil toneladas de piedras sueltas fácilmente aprobechables.

Ahora lo que deseamos es que el éxito alcanzado satisfaga los justos deseos y aspiraciones de todos, traduciéndose pronto en un mayor impulso de las obras de nuestro puerto, asunto como es sabido del más vitalísimo interés para Santa Cruz y hácia el cual deben dirigirse con la mayor voluntad todos los esfuerzos y patrióticas iniciativas para ver de vencer las dificultades que contra los deseos de la empresa se opongan á su pronta terminación.

Nuestro muy estimado amigo el Sr. D. Antonio Lecuona y Calveras ha pasado por el dolor de perder á su querida hija Juana, niña de nueve años, que ha fallecido víctima de breve y cruel dolencia.

De todas veras nos asociamos al intenso disgusto de los afligidos padres y demás apreciable familia de la finada, deseándoles la resignación cristiana que han menester para sobrellevar su acerba pena.

Tambien ha dejado de existir en esta Capital, á consecuencia de aguda y traidora enfermedad, la jóven señora D.ª Dolores Padron y Pulido, esposa de nuestro particular amigo D. Carlos Richardson, á quien, lo mismo que á sus desolados padres y demás parientes, acompañamos en el pesar que les embarga por desgracia tan cruel é irreparable.

De nuestro colega el *Diario de Tenerife*:

«Parece que al fin el Sr. Felles, de acuerdo con el Arquitecto municipal Sr. Pintor y con los facultativos y demás personas á quienes ha querido consultar como garantía de

VARIEDADES

SUEGRO Y YERNO

Días atrás entró en cierta tertulia una animada conversación acerca del capítulo de los suegros.

De pronto toma la palabra el General Vermandois, y dijo:

—Ninguno de ustedes ha tenido un suegro como el mío.

Todos se miraron con sorpresa, porque nadie sabía que el General hubiese contraído matrimonio.

—Tenemos que retroceder—añadió el militar—al año de 1860, en cuya época tenía yo treinta y cinco años y mandaba un batallón de cazadores de infantería. Por aquel entonces estallaron las matanzas de Siria, ocupada por dos poblaciones rivales: los maronitas y los drusos; la primera cristiana, y musulmana la segunda; pacífica y trabajadora la una, y la otra errante, guerrera y un tanto feroz.

La población mahometana de Damasco había atacado el barrio de los cristianos y hecho entre ellos una espantosa carnicería.

El clamor de las víctimas reclamaba la intervención europea, y en el mes de Agosto decidió el Emperador enviar un Cuerpo de ejército, compuesto de 6.000 hombres, al mando del General de Beaufort.

Desembarcamos en Trípoli, y nuestra llegada bastó para dispersar á los drusos.

A los pocos días me mandaron con mi batallón á Aleppo, la Palmira moderna, y me albergué en un soberbio palacio, habitado por Demetria, viuda maronita de un *mollah* de primera clase, descendiente en línea recta del mismísimo Antiocho.

En mi excursión me acompañaba mi fiel asistente Brechut, y confieso que no lo pasaba del todo mal en el punto de mi residencia.

Sin embargo, me habría fastidiado á veces soberanamente á no haber vivido en compañía de la hija de Demetria, llamada Zelina: una criatura angelical, de dieciséis años de edad, de rostro encantador, de labios purpúreos y con unos ojos verdaderamente admirables.

Como un Vermandois podía aliarse sin el menor desdoro á una cristiana descendiente de Antiocho, me casé con Zelina, habiéndome servido de padrino el General de Beaufort.

La ocupación se prolongaba, temiéndose sin duda que después de nuestra partida se tomaran los enemigos terribles represalias, y yo era el más dichoso de los Comandantes.

Pasó el invierno de 1860, y al empezar el año 61 me llamó un día á sus habitaciones mi apreciable suegra Demetria, mujer hermosa todavía y que solo contaba treinta y cinco primaveras, con objeto de comunicarme una noticia importante.

—Mi querido Comandante—me dijo,—no quiero que sepas por otro conducto lo que voy á participarte yo misma. Me caso uno de estos días.

—¿Y podré saber con quién?

—Con Brechut.

—¿Con mi asistente?

—Sí: estoy enamorada de él y creo que me hará feliz.

—Pero, ¡vive Dios, señora! piense usted que voy á ser yerno de mi criado.

—¿Y á mí qué me cuentas? Reemplázale por otro.

Entré de mal humor en mi cuarto, y dije á Zelina, Condesa de Vermandois, que su madre se había vuelto loca, y que una Demetria, descendiente de Antiocho, no podía casarse con un criado, para convertirse en Mad. Brechut.

—¿Y eso qué importa?—me contestó Zelina sonriendo.—Brechut es francés como tú, y como tú cristiano; y si mamá se ha enamorado de él, nada tiene de particular que le dé la mano de esposa.

Reuniqué á explicar á aquella hija del desierto la diferencia que existe entre un Comandante del ejército francés y un mero asistente; entre un Vermandois y un Brechut, y resolví llamar al seductor.

El pobre soldado se arrojó á mis pies y me dijo:

—¡Perdón, mi Comandante! Pero yo no tengo la culpa, sino ella, que me ha colmado de atenciones y me ha solicitado con insistencia.

—¿Pero no sabes que vamos á salir á campaña y que no tengo quién te reemplace?

—¡Reemplázame!...

Y Brechut se echó á llorar como un niño.

—No, mi comandante—añadió el asistente;—usted no puede despedirme, y por lo tanto, antes que separarme de su lado, prefiero renunciar á mi matrimonio con la odalisca.

Me enternecí ante la idea de aquel sacrificio, que por otra parte no hubiera yo podido aceptar, en atención á la tenacidad de Demetria, y no tuve más remedio que resignarme á acceder al matrimonio de Brechut.

Desde entonces fué para mí imposible la existencia, al ver por tierra todas mis ideas acerca de la jerarquía social y de la disciplina militar.

—Mi suegro me limpiaba las botas, me cosía los botones, y luego, á la hora de almor-

acierto, se ha decidido por un terreno inmediato al puente Zurita, á la derecha de la carretera y poco distante de ésta, para emplazamiento del proyectado manicomio.

El sitio, bastante elevado, es agradable y ventilado y el nuevo edificio podrá estar rodeado de espaciosos jardines.

Ha sido trasladado á Jerez de la Frontera el oficial 4.º de la Administración de Contribuciones de esta provincia D. Celio Cáceres y Cabezola y nombrado para sustituirle D. Cleto M. Hernandez, empleado cesante de la misma categoría.

En la noche de ayer tuvo efecto el concierto iniciado por la Sra. D.ª Dolores Caubin con la cooperación de varias distinguidas Señoras y la orquesta y Orfeón de Santa Cecilia.

Con arreglo á lo anunciado en los programas que desde el día anterior circularon se ejecutaron todos los números que en ellos figuraban, quedando la concurrencia sumamente complacida del buen desempeño que obtuvieron.

Por encontrarse indispuesto el digno presidente de la Sección de Sres. Magistrados tuvo que suspenderse la celebración de los juicios orales señalados para el viernes y sábado de la última semana.

De todas veras deseamos el pronto y completo restablecimiento del Sr. Altamirano.

Tiene entendido nuestro colega *El Liberal de Tenerife* que en breve saldrán en comisión del servicio por los pueblos de la provincia los celosos inspectores de hacienda con objeto de visitar los establecimientos sujetos al impuesto de patentes para la venta de alcoholes y proceder á la formación de expediente contra todo vicho viviente que no esté provisto de aquélla.

Como la noticia no puede ser más consoladora para los venturosos contribuyentes á quienes interesa, nos apresuramos á transmitirla seguros de que nos lo han de agradecer profundamente.

Tras breve y dolorosa enfermedad falleció en la mañana de ayer el conocido comerciante de esta plaza Sr. D. Juan P. Torres y Socas, desgracia que por lo inesperada ha venido á afligir más hondamente á su numerosa familia.

Reciba ésta, y muy en particular su señor hermano nuestro querido amigo D.

Andrés, la sentida expresión de la parte que tomamos en su justificada pena.

Destinado á la Dirección de Sanidad del puerto de Bilbao el Secretario Médico de la de esta Capital Sr. D. Mariano Gonzalez, ha sido nombrado para sustituirle el Sr. D. José Deniz Azofra, que ya ha desempeñado este cargo.

El sábado tuvo lugar la subasta anunciada por nuestro Ayuntamiento de los diferentes arbitrios y servicios municipales para el nuevo ejercicio de 1894-95, quedando adjudicados:

El arbitrio del *Matadero público* á favor de D. Andrés Saavedra Hernandez, como mejor postor, por la suma de pesetas 50,479'75.

El de la *Plaza del mercado* á D. Antonio Mesa y Torres, único postor, por pesetas 32,000

El de los *Lavaderos públicos*, á D. Ramon Tenderos, como mejor postor, por pesetas 820.

El del *Carro para la conducción de carnes*, á D. Miguel Ojeda, único postor, por pesetas 650.

El del *Agua de las Lavanderas*, á D. José Martinez y Castro, único postor, por pesetas 60.

El servicio de la *Limpeza pública* á D. Luis Díaz Rodriguez, único postor, por pesetas 200.

Para el servicio del Alumbrado público no se presentó licitador.

A los pocos momentos de terminada ayer la subasta de los arbitrios municipales á que anteriormente nos referimos, y cuando se encaminaba hacia su casa D. Ramón Tenderos, que acababa de rematar el de los Lavaderos públicos, falleció repentinamente en un establecimiento situado en la plazuela del Patriotismo, donde había entrado á descansar un momento, suceso de que nos hemos enterado con verdadera pena.

Esta noche inaugurará sus tareas en nuestro teatro principal la Compañía dramática del Sr. Espejo, llegada en la mañana de hoy á esta Capital, con la preciosa comedia *Felipe Derblay*.

De su desempeño, así como del de las demás obras que sucesivamente se pongan en escena nos ocuparemos en los próximos números de LA OPINION.

bosquecillo, la tristeza y la muerte. Hacía un momento había fundadas esperanzas de salvar la reputación de la condesa y devolverla, tal vez, hasta su hija, y ahora todo aquel tinglado de seguridad y bienestar, tan laboriosamente elevado, venía al suelo por obra de aquel incorregible insensato, que la prudencia más rudimentaria aconsejaba tener encerrado...

—Pobre mozo! dijo Daniel, padre de víctimas y víctima de sí mismo!... ¡Y pensar que Flavio, dichosa por la primera vez de su vida, baila en estos momentos!...

A su vez el conde hacia su camino en dirección del claro, pero con gran estupefacción de Daniel, Mr. de la Roche conduca del brazo á una mujer que intentaba escaparse.

—¿Qué habia sucedido?

Al atravesar un plantío, Raoul oyó cerca de sí un casquido de hojas.

—¿Eres tú, Martinet? preguntó.

No respondiéndole nadie, el castellano cuya vista iba gradualmente haciéndose á la oscuridad, trató de penetrar en las tinieblas que le rodeaban hasta concluir por apartarse de los contornos de una mujer pegada á un árbol... y al notar que aquella mujer trataba de escaparse, creyéndola culpable y como tal digna de ser detenida, acababa de agarrarla y arrastrarla hasta el parque en que la luz amortiguada de las estrellas hacia de aquel claro un foco más luminoso.

—¡Bibiana! exclamó el conde asombrado.

Al oír este nombre respiró Daniel.

Su imaginación había reconstruido toda la verdad: Verlynde imponiéndose á la condesa, y ésta obligada á ceder á sus amenazas; porque, según él, ¿qué otra que no fuese Elena podía ser

aquella pobre azorada á quien arrastraba consigo Raoul?

Bibiana, con el rostro oculto por las dos manos, se deshacía en llanto.

—¿Qué haciais aquí á estas horas? señorita, preguntó severamente el conde.

La respuesta fué una nueva y mayor explosión de gemidos.

—Demasiado bien lo supongo, repuso Mr. de la Roche; ¡mucha imprudencia!... Santiago es nuestro prometido—la bondad de Raoul llegaba á su término—¿veis lo que acabais de exponeros? ¿Podreis ahora responder de su vida? ¿Estabais juntos cuando Martinet disparó?... porque ese ha debido ser Martinet...

Daniel había arimado el cadáver á un árbol, en la oscuridad, de suerte que el conde, dominado por la emoción de su captura, no distinguía el fúnebre grupo.

En cuanto á Daniel, tal había sido el miedo de ver aparecer á la condesa, que le faltaba la voz.

La joven Bretona no dejaba por esto de hacer rapidísimas reflexiones. Convenía dejar creer en la presencia de Santiago. Pero en la suposición de que el tiro hubiese hallado blanco, iba á encontrarse el muerto ó el herido y á identificarse su personalidad; si por el contrario, Pedro Clémentine había tirado sobre Santiago, y Santiago, acusado por reincidencia por el mismo delito de escalamiento nocturno, provocaría contra sí las sospechas de la justicia, y entonces...

Encontrábase Bibiana entregada á las tristes reflexiones de su posición, sin saber qué resolución adoptar, cuando salió una voz del otro lado al que se hallaban.

—370—

Diablo, dijo el caballero avanzando el cuerpo. Por flamático que era Mr. de Kermadec, no pudo menos de lanzar una exclamación sorda, al reconocer á la condesa.

Su corazón latía, la respiración era cálida, no se notaba huella alguna de sangre en sus vestidos.

—Vamos, se dijo el caballero: ¡ha llegado el momento crítico de mostrarse hidalgo como nunca!

Tomó á Elena en sus brazos, y se puso no ya á andar, sino á correr en dirección del castillo. Bien á pesar suyo, acudieron á su imaginación las más viles conjeturas de Mlle. Buty, pero hágmonosle la justicia de confesar que, por lo mismo, sentía más vivos deseos de salvar á la imprudente.

Frangiendo el parque, era indispensable lanzarse á cruzar el portero. Un paso discreto... después dos... luego tres... y sin un alma en las inmediaciones... Enfrente se destacaba el conde, débilmente iluminado por una lanterna de cristal esmerilado... ¡con tal que la puerta estuviese abierta!

Y nosotros sabemos ya que lo estaba.

El caballero tomó su resolución, y rápido como una flecha, colocaba algunos segundos después á Mlle. de la Roche sobre un diván.

Esto era mucho, pero no todo. Subió en seguida, á saltos, por la gran escalera, hasta la habitación de la condesa, que abrió sin dificultad.

Reinaba allí el mismo silencio, la misma oscuridad que en el piso bajo. Marta velaba á su manera, es decir, dormida.

Asegurando así, el caballero fué á buscar de nuevo su preciosa carga, y cinco minutos después la dejaba en la alcoba legal.

—367—

aterrorizada, sorda á toda instancia, se figuraba ya á su marido socorriendo á Verlynde, y á éste, engañado por las apariencias, acusarla de la emboscada en que había caído. ¡Raoul iba á saberlo todo!...

¡Quir eso se dice pronto. Lo que hubiera sido necesario que hubiese eran los pensamientos que la torturaban: lo que hubiera sido preciso evitar era su inminente perdición, la deshonra, el desprecio, la maldición del conde.

Una forma humana se dibujaba en la entrada del sendero, en que, mas muertas que vivas, se encontraban las dos mujeres.

Bibiana trató de arrastrar consigo á su señora dentro del bosque, pero aquella, como presa de un vértigo, escapó al alcance de la joven, emprendió precipitadamente el camino del sendero y se perdió en la oscuridad.

—¡Alabado sea Dios! pensó Bibiana olvidada de sí misma.

La forma humana era Mr. de Kermadec, que impasible, como de costumbre, avanzaba á grandes pasos, dirigiéndose hacia el castillo, adonde le envió Mr. de la Roche.

Tropezó con Bibiana, sin verla y no vio tampoco á la condesa que corría á veinte pasos delante de él.

De repente tropezó contra un obstáculo que atravesaba el camino: iba á pasar por encima, cuando apercibió un gemido sordo.

Inclinóse el caballero, poniéndose á tentar con las dos manos en la oscuridad. Sus investigaciones se detuvieron en algo que se hallaba en tierra.

Era una mujer muerta ó desmayada... tal vez, la víctima del tiro que acababa de sonar.

—171—

—370—

—366—

—367—

zar, recobraba su dignidad de suegro y se sentaba á la mesa con la familia, debiendo guardarle yo las deferencias que le correspondían.

Era yo al mismo tiempo, el superior y el inferior. Podía imponer ocho días de arresto á mi suegro; pero él podía desheredar á su Comandante y hasta maldecir su yerno.

Ibamos á regresar á Francia cuando el Dios de los ejércitos tuvo piedad de mí. La peste arrebató en ocho días á Demetria y á Zelina y me encontré solo con Brechut.

De vuelta á la patria, mi suegro murió como un valiente en 1870, no quedando hoy de aquella historia oriental más que el recuerdo de una situación digna de tentar la pluma de un libretista de ópera cómica.

Después de este relato—añadió el General—nada tiene de extraño que sea yo partidario de la abolición de... los padres políticos.

R. O. M.

ANUNCIOS

LA VELOCE

NAVIGAZIONE ITALIANA A VAPOR

Para GENOVA

Saldrá del 18 al 20 del corriente mes el vapor de rápida marcha

RIO JANEIRO

Admite carga y pasajeros.

Para la Guaira, Puerto Cabello, Puerto Colombia, Cartagena y Colón

Saldrá de este puerto el día 6 de Julio el rápido vapor

RIO JANEIRO

Admitiendo carga y pasajeros.

Solamente hasta el día 4 se admitirán las notas de carga y presentación de pasajeros.

Informará su agente, PEDRO RAVINA.

—Norte, 45—

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.

Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.—Tres salidas mensuales, el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.

Extensión á Ilo-ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Conchinchina, Japon y Australia.—Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, á partir del 6 de Enero de 1893, y de Manila cada cuatro juéves, á partir del 26 de Enero de 1893.

Línea de Buenos Aires.

6 viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en SANTA CRUZ DE TENERIFE (Capital de las Islas Canarias), saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo.

Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

SERVICIOS DE AFRICA.

Línea de Marruecos.

Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagan.

Servicio de Tánger.

El vapor *1 del Piélagos* sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar, los lunes, miércoles y viernes; retornando á Cádiz los martes, juéves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.—La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—Agente en Santa Cruz de Tenerife, **JUAN LA-ROCHE.**

VAPORES TRASATLANTICOS

Para Puerto Rico y la Habana

El magnifico vapor español de gran porte y velocidad

JUAN FORGAS

deberá llegar á este puerto el día 18 de Junio.

Admite carga y pasajeros, quienes disfrutará un esmerado trato y de las comodidades que estos grandes vapores proporcionan en sus espaciosas cámaras.

Agentes,

Hijos de Agustin Guimerá.

CHARGEURS REUNIS

COMPANIA FRANCESA DE NAVEGACION AL VAPOR.

Para Montevideo y Buenos Aires

Saldrán dos vapores mensuales, uno el 5 y otro el 15.—Admiten carga y pasajeros.

Para Burdeos, Dunquerque y el Havre

Saldrá de este puerto dentro de breves días un magnifico vapor.

Admite carga y pasajeros á flete corrido para

Londres, Bremen y Hamburgo.

Agentes principales en esta Capital, **Hardisson Hermanos.**

MANUAL DEL ASPIRANTE

á oficial del ejército

Contiene todos los datos necesarios para el aspirante, varios datos prácticos de las asignaturas de ingreso, papeletas de exámen etc. y un vocabulario militar francés-español.—Precio dos pesetas.

Boletín de los Estudios preparatorios para ingreso en la Academia General Militar.

Contendrá una sección técnica, con apuntes para facilitar el estudio de preparación, sección de noticias militares, sección bibliográfica, sección de variedades, etc. y anuncios.

Saldrá una vez al mes.—Precio dos reales, contendrá ocho páginas.

De venta, Imprenta S. Francisco, 8.

REY

SASTRE

Candelaria, 31

Tinto y blanco

Vinos superiores del Norte de Tenerife, propios para mesa, sin alcohol ni preparación química alguna, se hallan de venta en la calle de San Lucas núm. 42, á 60 céntimos el litro.

Por garrafones se hace una baja.



GRANDES ALMACENES DEL Printemps

NOVEDADES

Remítase gratis y franco

el Catálogo general ilustrado en español ó en francés, encerrando todas las modas de la ESTACION de INVIERNO, á quien lo pida á **MM. JULES JALUZOT & C^o** PARIS

Remítense igualmente franco las muestras de todas las telas que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquese las clases y precios. Todos los informes necesarios á la buena ejecución de los pedidos están indicados en el Catálogo. Para las Canarias, Baleares, y Posesiones españolas de Africa, expedito franco de porte hasta Marsella, debiendo pagar el destinatario, al recibo de su pedido, los gastos de fletes desde este puerto.

IMPRENTA DE A. J. BENITEZ, S. FRANCISCO 8
REGENTE F. S. MOLOWNY.

—Este desgraciado está muerto! anunciaba tristemente el doctor.
—Muerto exhaló el conde. ¡Ah, pobre hija mía! ¡Cuanto lamento haber tenido razón...! ¡Le compadeczo con toda el alma...! ¡No merecía tal castigo tu imprudencia...! ¡Santiago era también digno de mejor suerte...!
—No es Santiago, dijo Daniel interrumpiéndole.
—Bibiana tomó en el acto su partido.
—No, señor conde; dijo volviendo la cabeza, como para ocultar su vergüenza, no es Santiago... es... es...
—Fues bien; ¿quién es? preguntó el conde impaciente con sus vacilaciones.
Y yéndose á la víctima, se inclinó sobre ella con el propósito de reconocerla.
El rostro contrito de Clemente, la rigidez amenazadora de sus labios, sus espesas cejas, su cabellera descolorida, no eran lo más apropiado para despertar simpatías. Pero la muerte que no es otra cosa muy frecuentemente que el remedio de muchos males, inspira siempre á las almas distinguidas profunda lástima.
En tanto que Mr. de la Roche trataba de hallar un nombre en aquel semblante crispado, Daniel, acercándose á Bibiana, parecía indicarle por una doble señal que iba desde ella á Verlynde, el papel importante que, por otra parte, estaba ella destinada á cumplir.
La joven sabía por Santiago que el doctor conocía á Clemente, y le suponía naturalmente tan instruida como ella misma, en el interés que inspiraba á la condesa el fingido carpintero.
—Doctor, ¿puedes darnme algunas noticias sobre este desgraciado? preguntó Raoul.

— 372 —

— 396 —

visto escalar la pared antes de ayer, y se lo he dicho.
Mientras Mr. de Kernadec, seguido de los criados, emprendía de nuevo el camino del parque, Daniel y el conde, perdidos en la intrincada ojara de los setos, casi en estado salvaje, se hacían trabajosamente paso.
Mas familiarizado con la oscuridad, y los obstáculos materiales, llegó el doctor el primero al sitio del claro.
Un presentimiento sombrío le dominaba. Ya al oír el tiro, le asaltaron á la memoria aquellas palabras: «Yo me cobraré por mí mismo.»
Ya hemos dicho que el desgraciado Verlynde se había colocado en el centro de un claro, como para desafiar la suerte. Las estrellas que iluminaban al hombre en pie, iluminaban ahora al hombre en tierra.
¡Ay! sus sospechas no le habían engañado: era, en efecto, el padre de Flavía.
El joven doctor levantó á Verlynde que con los ojos cerrados lanzaba los últimos suspiros de las existencias que se apagan.
—¡Clemente!... le dijo, con voz tan dulce como baja, soy yo... soy Daniel, ¿me oís?...
El moribundo no respondió. La bala le había atravesado el corazón.
El doctor trató de levantarle, pero una bocanada de sangre negra, á impulsos de un movimiento convulsivo, fué lo único que respondió á sus intenciones. Estaba muerto.
El doctor había sufrido mucho con aquel hombre, y sin embargo, faltó muy poco para que le llorase. La vida está llena de contrastes. En aquel momento, en Paimpont, reinaba la alegría ruidosa y sin límites; y allí, en aquel lúgubre

— 365 —

— 396 —

La condesa debía ignorar el eminente servicio que acababa de prestarla Mr. de Kernadec.
Lo último que le quedó hacer á este era despojarse del chal que la cubría, y por el cual podía deducirse que había salido.
Cerradas las puertas, salvada la mujer, y una vez tranquilo en la escalera, faltábale desempeñar la misión confiada por el marido.
Aquí se dio la vuelta al castillo, como un hombre dichoso por no tener de qué ocultarse. Pero no halló á nadie en las cocinas, nadie en el portal, nadie en las demás habitaciones.
Dirigiese á las cuartos, cuando llamó su atención la puerta del picadero, alumbrado por arandelas chinosas. Al canto había sucedido las libaciones, y así se explica el silencio relativo y momentáneo, de que pudo aprovecharse tan bien el caballero.
—¡Vive Dios! ¡Voto á...! ¡dijez; dije; cuando de repente en la sala de baile, ¡éstas sordas como postes! Hace un cuarto de hora que llamo, grito y hago un ruido del infierno...! ¡Pronto, buenas gentes, antorchas!... ¡Linternas!... ¡Todo el mundo al puente, es decir, al parque!
Al saber lo que acontecía, uno de los guardas exclamó:
—De seguro que ha sido Martinet, el que ha disparado; se retiró á las nueve y media, bajo el pretexto de que tenía sueño, y durante la cena no ha bebido más que agua con algunas gotas de vino, y para que Martinet bautice el vino...
—¡Toma, interrumpió el pequeño Olivier; pues que mi papá no había de devolver al bribón el tiro que de él recibí...! yo mismo he descubierto que entraba de nuevo en el parque; yo lo he

Sin mas reflexión ante el peligro, se lanzó la condesa á socorrer á Verlynde; pero con un movimiento rápido y brusco, bien permitido en tales circunstancias, la condesa Bibiana.
—¡El coche, señor!... Está entrando por la reja del parque... ¡Huid... huid inmediatamente... no tenéis un minuto que perder...!
Bibiana decia verdad.
El carruaje acababa de detenerse, y ya se oían pasos precipitados.
La voz del conde dominaba á todas las demás.
El doctor, olvidado del principal papel que le tocaba hacer en Paimpont, se había arrojado mucho prometiendo á Mad. de la Roche devolverle su marido antes de que empezara el baile.
—¿Cómo dejar á Adriana? ¿cómo edipisarse de la fiesta?
No obstante, tan pronto como Mlle. Marcel supo que se trataba de llenar un deber, de una visita á la condesa, enferma, fué la primera en hacer ir á Daniel.
El conde Raoul llevaba consigo al doctor y á Mr. de Kernadec, á quien la famosa clasificación había obligado á instalarse en el castillo, y resistido á aprovecharse del coche.
—¡Por aquí, señores!... por aquí, decía Mr. de la Roche; arrojamos paso por los plantíos; esos nos evitará el rodeo. Kernadec, corred al castillo... envíadme los criados... ¡Apostaría cualquier cosa á que ese maldito Martinet ha causado alguna desgracia...! Sobre todo ¡una palabra á la condesa! ¡res inútil alarmarla!...
—¡Huid, señora, huid al instante!... ¡suplicaba en voz baja Bibiana. ¡Si yo pudiera llevaros!...! pero me faltan las fuerzas!...
La infeliz señora parecía clavada en el suelo: